

Cuerpo y Cultura

Por José Grandinetti

“La metáfora del Nombre del Padre produce un cuerpo con volumen y es este cuerpo con volumen el que queda reflejado”

Jorge Fukelman

Hablamos del cuerpo de la naturaleza y sus leyes, y del cuerpo de la cultura y las suyas. Cultura que es tejido, tramado, urdimbre, ficción en la que el cuerpo se sostiene y se ubica en cada sociedad y en cada época. La religión, el arte y la ciencia, constituyen el “material” con el que es tramado el texto. Verdaderas vías de tránsito por las que circulan diferentes sentidos. Cuerpo atravesado, mortificado e incomodado por la lógica del significante y sus efectos de significancia, especialmente allí donde se da la operación de recorte del objeto a desprendimiento del cuerpo simbólico en el cuerpo.

Trazado en la conversión histórica pero también cuerpo tatuado por los valores de cada cultura, tatuado y tallado...

No hay goce que no sea del cuerpo, que no se extraiga de la superficie de la carne, o fuera de él, y en algunos trastornos psicósomáticos hasta de las entrañas...

Bien podría haber denominado a este escrito “Cuerpo y Ficción”, o porque no “Cuerpo y escritura” o tal vez “La escritura del cuerpo”, o si se prefiere “Escritos sobre el cuerpo”, ya que el cuerpo del que hablamos en psicoanálisis se define en un territorio textual, palabrero, y por lo tanto polisignificante, que al igual como ocurre con el cuerpo, con uno solo no basta. Un cuerpo que si bien no deja de ser carnal no se reduce por eso al campo de la biología y mucho menos al de ciertas manipulaciones y restricciones “biopolíticas”.

Cuerpo de lo simbólico que de ningún modo debemos entender como metáfora, la prueba de esto, es que nada sino él, el cuerpo de lo simbólico, aísla el cuerpo tomado en sentido ingenuo. Solo él es capaz de recortarlo, de acicalarlo, de desbestializarlo, solo él, está en condiciones de animarlo, de hacerlo hablar hasta por los codos y por que no, hasta vomitando palabras.

Es decir, (y son estas las palabras de Lacan en “Radiofonía”) que: “... aquel cuyo ser que en el se sostiene no sabe que es el lenguaje que se lo discierne y se lo discierne hasta tal punto que no se constituiría sino pudiera hablar”.

No sabe, quiere decir que padece de un saber que calificamos de no sabido respecto de ese lenguaje que lo discierne.

¿Deberíamos recordar acaso aquí esa trágica narración donde alguien, al pretender averiguar cuál sería la lengua originaria que hablarían los niños sometidos al silencio de *lalangue*, descubre patéticamente que hay un silencio que no es el de la palabra sino el de su ausencia que efectivamente mata? Un silencio que desviste y desinviste al cuerpo, y lo pela ya que al apellarlo lo cosifica haciendo de él un deyecto al no ser para nadie, proyecto. Proyecto en tanto “el deseo del Otro” le otorga al cuerpo, lo sepa o no, y por las vías mas insospechadas, el valor fálico de una carencia que no debe confundirse con su irremediable ausencia.

El primer cuerpo, ese del bla-bla, del laleo de *lalangue*, hace que el segundo, el de “carne y hueso”, pueda incorporarse. Incorporación que si no tomamos torpemente, es decir, que si no

la pensamos desde la premura zoológica, descubriremos que aún en la necesidad, tiene cara de hereje. Es decir, que está hecha de R,S,I, esto es: Real, Simbólico, Imaginario. Así es como entiendo el pasaje de "Radiofonía" donde Lacan nos habla del "... punto crítico del cuál datamos en el hombre el ser hablante: la sepultura, es decir dónde reafirma de una especie que al contrario de cualquier otra, el cuerpo muerto guarda lo que al viviente otorgaba el carácter: cuerpo (*corps-cadaver-corpse*) queda, no se torna carroña el cuerpo que habitaba la palabra, que el lenguaje cadaveriza". (*corpsifiat*).

Y que no se torna carroña el cuerpo que habitaba la palabra, que el lenguaje cadaveriza, quiere decir, que aun careciendo de sepultura jamás perderá su nombre. (Tal vez así se entienda el paradójico reclamo de aparición con vida de las "Madres de la Plaza de Mayo").

Para concluir con esa referencia a Radiofonía, digamos que: "El cuerpo, si se le toma en serio, constituye en primer lugar, todo lo que puede llevar la marca apropiada para ordenarlo en una serie de significantes.

Desde ésta marca él es soporte de la relación, no eventual sino necesaria puesto que sustraerse a ella es todavía soportarla".

Hay entonces una espera siempre expectante, que en el ser hablante que somos, motiva múltiples argumentos. Mitologías que se complacen en recordarlo, en discurrirlo, en narrarlo. El cuerpo de ese ser hablante es consecuentemente un cuerpo narrado. Narraciones que constituyen ficciones acerca del cuerpo. Ficciones que son verdaderas mitologías. Para los Tobas, por ejemplo, el surgimiento de un nuevo cuerpo en el embarazo, se explicaba como la encarnación de un espíritu niño que vagaba buscando una madre y que cuando encontraba una a su gusto penetraba en el cuerpo de ella habitándola hasta su nacimiento. Llegado a este punto, recuerdo a "El principio" un hermoso poema de Rabindranath Tagore que dice así:

"-¿De dónde venía yo cuando me encontraste? -preguntó el niño a su madre. Ella, llorando y riendo, le respondió apretándolo contra su pecho:

-Estabas escondido en mi corazón, como un anhelo, amor mío: estabas en las muñecas de los juegos de mi infancia, y cuando, cada mañana, formaba yo la imagen de mi Dios con barro, a ti te hacía y te deshacía; estabas en el altar, con el Dios del hogar nuestro, y al adorarlo a Él, te adoraba a ti; estabas en todas mis esperanzas, y en todos mis cariños. Has vivido en mi vida y en la vida de mi madre, tú fuiste creado siglo tras siglo, en el seno del espíritu inmortal que rige nuestra casa. Cuando mi corazón adolescente abría sus hojas, flotabas tú, igual que una fragancia, a su alrededor; tu tierna suavidad florecía luego en mi cuerpo joven como antes de salir el sol la luz en el Oriente. Primer amor del cielo, hermano de la luz del alba, bajaste al mundo en el río de la vida y al fin te paraste en mi corazón... Qué misterioso temor me sobrecoge al mirarte a ti, hijo, que siendo de todos, te has hecho mío. Y ¡qué miedo de perderte! ¡Así, bien apretado contra mi pecho! ¡Ay! ¿Qué magia ha entregado el tesoro del mundo a mis frágiles brazos?

Como siempre los poetas en algunas cuestiones nos llevan la delantera y saben mejor que nosotros, los psicoanalistas, que el cuerpo habita en la casa del lenguaje, y que cuando ésta se derrumba, el cuerpo desfallece. Es que al cuerpo se lo labra con palabras, allí donde anatomía y lenguaje se anudan a lo simbólico, haciendo del cuerpo motivo de la palabra que es por eso también: silencio del cuerpo.

Cuerpo de la naturaleza y sus leyes, cuerpo de la cultura y las suyas.

En China, por ejemplo, según nos cuenta Jean Leví en “El cuerpo-blazón de los taoístas”, éste es percibido como la réplica del universo. Mientras que en la época preimperial (siglo III y IV antes de Cristo) los filósofos deducían del cuerpo un principio político, a partir del siglo siguiente ésta adecuación entre ambos órdenes se articula en un verdadero sistema cosmogónico. Los emblemas que estructuran el universo, los números que catalogan las relaciones íntimas y pertinentes entre los seres humanos, se reencuentran en el cuerpo humano cuyas mismas formas algorítmicas escanden la organización:

“Su cabeza redonda es la bóveda celeste, sus pies cuadrados están hechos a la imagen de la tierra; sus cabellos son las estrellas, sus ojos el sol y la luna, sus cejas la osa mayor, la nariz se asemeja a una montaña, sus cuatro miembros son las cuatro estaciones, sus cinco vísceras los cinco elementos” (Enciclopedia taoísta, siglo II antes de Cristo).

Los taoístas llevarán hasta sus últimas consecuencias éstas ideas comúnmente compartidas, no solo el cuerpo se construye según el modelo y la norma celeste sino también el universo. Se trata de una equivalencia entre el microcosmos y el macrocosmos.

El hombre no solo contiene todo el universo, el sol, la luna, los ríos, los mares, el cáñamo, los animales domésticos, los pájaros, es decir que no se encuentran allí solo la fauna y la flora sino toda la sociedad y los edificios en los que éste reside.

A partir del momento en que el cuerpo humano reproduce exactamente y reproduce el cosmos en su integridad -siendo él mismo a la vez un elemento- la cosmogénesis, se confunde con la embriogénesis. Así puede leerse en una enciclopedia taoísta del siglo IV de nuestra era. Allí jugando en estos dos registros, podemos leer que:

“... los soplos de los nueve cielos bajan y se mezclan bajo la forma del yin y el yang –soplos rojos y soplos amarillos que depositan cada uno por su parte su semilla y traban un embrión por divina transformación que responde al modelo de los nueve cielos... El hombre recibe el hálito en el primer mes de su vida embrionaria, al segundo mes el alma... al cuarto mes la esencia se traba... al sexto mes, por transformación, toma forma, al séptimo mes los emplazamientos de los dioses están allí”.

Este texto continúa en la línea de un escrito del siglo I antes de Cristo (Huananzi) que describe el proceso de nueve etapas que conduce del embrión a la forma acabada del ser humano. Entre otras cosas, el mencionado texto nos dice que: “Recibimos el espíritu del cielo y el cuerpo nos viene de la tierra” de allí que afirmen los taoístas, que “el uno produce el dos, el dos produce el tres, y el tres da nacimiento a dos mil seres”.

Nueve son entonces los meses de la gestación y nueve las transformaciones mediante las cuales se realiza la génesis del mundo que ha brotado del cuerpo divino, de Lao-Zi, erigido en Ipóstasis del Tao en su actividad de creación.

En ésta misma línea podemos encontrar en el “Arte y Anatomía Hindú” ficciones consagradas a situar los lazos que unen la representación del cuerpo con formas de animales tales como el elefante, los pájaros, los peces o la palmera.

En un tratado de estética del pintor y teórico de la pintura, Abanindra Tagore –hermano del citado poeta– encontramos la transcripción de todo un sistema de interpretación artística de la naturaleza es decir, de las relaciones formales entre la pintura hindú especialmente referida al cuerpo y ciertas Sadrisyam esto es: comparaciones con la realidad circundante. También encontramos ficciones respecto del cuerpo en nuestra cultura judeo-cristiana, en la Torá y los

Evangelios al igual que en derivaciones de éstos tales como los textos de la mística judía, o el de los gnósticos como el libro secreto, incluido dentro de los llamados hechos apócrifos de Juan.

Decíamos entonces que se trata del cuerpo de la naturaleza y sus leyes, y del cuerpo de la cultura y las suyas. Cultura que es tejido, tramado, urdimbre, ficción en la que el cuerpo se sostiene y se ubica en cada sociedad y en cada época.

La religión, el arte y la ciencia, constituyen el “material” con el que es tramado el texto. Verdaderas vías de tránsito por las que circulan diferentes sentidos. Intentos de interpretación de ese vacío central que da cuerpo a la Ex-istencia y que en psicoanálisis entendemos como represión primaria. Destaquemos dentro de ese orden ficcional el discurso de la ciencia. Discurso que mediante la “operación tecnológica” puede resultar un verdadero peligro en el sentido heideggeriano a la hora de pretender rechazar lo ficcional con el concomitante rechazo al lazo social que toda ficción determina.

Ambición que puede llevar a constituir un cuerpo en si mismo, esto es: excluido del lazo social y muchas veces delirantemente situado como ocurre en algunos actuales estudios sobre las neuronas espejo. (Marco Iacobini y la neuropolítica)

Bien podríamos decir que la ciencia en lo que se refiere a la ficción del cuerpo, corre el riesgo de tomar el relevo de la religión, no queriendo así saber nada de la castración en el sentido de la forclusión. Castración que dice de su no querer saber que sus verdades también están hechas de ficción.

Cuerpo atravesado, mortificado e incomodado por la lógica del significante y sus efectos de significancia, especialmente allí donde se da la operación de recorte del objeto *a*, desprendimiento del cuerpo simbólico en el cuerpo.

Cuerpo trazado en la conversión histérica pero también cuerpo tatuado por los valores de cada cultura, tatuado y tallado y vaya aquí nuestro homenaje al doctor Inbelloni y al doctor Dembo autores de aquel “viejo libro” acerca de “Las deformaciones intencionales del cuerpo humano”, libro en el que se recorría de la punta de los pelos a la punta de los pies las diferentes formas que cada cultura tiene de inscribir las partes del cuerpo. Anatomía y fisiología de las costumbres y de los hábitos de goce de los que participa el cuerpo.

Digamos que la cuestión en psicoanálisis no es la de considerar al cuerpo orgánico en tanto cuerpo real y al simbólico como una suerte de cuerpo virtual que se imprimiría en aquel, sino situar el carácter representacional del cuerpo, su valor de superficie que no por ello es virtualidad. Su ser ficcional y por la participación pulsional, ser siempre parcial.

En una presentación ante la sociedad psicoanalítica británica en 1951, Jacques Lacan se referirá entre cosas a la imagen corporal diciendo: “Si el síntoma histérico es una manera simbólica de expresar un conflicto entre diferentes fuerzas, lo que nos impacta es el efecto extraordinario que ésta expresión simbólica tiene cuando produce anestesia segmentaria o parálisis muscular, que no se puede atribuir a ningún agrupamiento conocido de nervios sensitivos o de músculos.

Denominar estos síntomas como funcionales no es más que confesar nuestra ignorancia ya que estos siguen el patrón de una cierta anatomía imaginaria que tiene formas típicas propias. En otras palabras, la sorprendente obediencia somática que es el signo exterior de esta anatomía imaginaria solo se manifiesta dentro de ciertos límites. Yo enfatizaría aquí (subraya Lacan) que la anatomía a la que hacemos referencia varía con las ideas (claras o confusas) sobre funcionales corporales que prevalezcan en una cultura dada. Todo sucede como si la imagen corporal tuviera

una existencia autónoma propia y por autónoma quiero decir que, independiente de una estructura objetiva.”

Sincronía de nombre y carne que al igual que piel y hueso, harán al “destino-sentido” del cuerpo.

Tuétano del cuerpo que muchas veces emerge y sumerge al sujeto en delirios hipocondríacos o en el más benéfico de los casos conecta con el ombligo del sueño.

Tal vez valga el recordar, que con variadas métricas y modalizaciones, la “formaciones del inconsciente” gozan del cuerpo: Goza del cuerpo la pesadez del sueño convertida en pesadilla. Goza del cuerpo la discreta alegría del chiste. Goza del cuerpo el traspié de un lapsus o de un acto fallido siempre capaz de sonrojarse.

Goza que te goza en la detención dolorosa de la inhibición, en los tramos más exaltantes de la angustia y goza por supuesto en la cara más opaca y real del síntoma.

Ya volveremos a señalar las diversas formas del goce que el cuerpo detenta y detecta porque conviene aclararlo de entrada: No hay goce que no sea del cuerpo, que no se extraiga de la superficie de la carne, o fuera de él, y en algunos trastornos psicósomáticos hasta de las entrañas.

Recordando las respuestas que se dan algunas madres de sujetos psicóticos, cuando son invitadas a hablar del tiempo de gestación y sus vicisitudes, especialmente en uno de esos casos citados creo que por Piera Auglanier, nos encontramos con mujeres incapaces de imaginar el cuerpo de la gestación como un pequeño cuerpo. El cuerpo en esos casos, aparece fetalizado, anatómicamente considerado. A tal punto llega esta imposibilidad de imaginar la imagen de ese futuro cuerpo, que una de esas madres al ser interpelada respecto de su desinterés en tejer algo para ese niño, (costumbre que seguramente haría a esa época), ella responde: “como voy hacerlo si no lo conozco”. En otros casos, se lo consideraba solo en relación con otras partes del propio cuerpo. Los comentarios se referían a las transformaciones que el cuerpo del futuro bebe producía en los órganos de la madre. Dolores en el hígado, presiones intestinales, etc. También las referencias transitaban la contraria, mejoras en el cuerpo, de la que participaban los diferentes órganos y el funcionamiento metabólico producido por el embarazo. Entonces recalquemos que al cuerpo del futuro niño se lo espera, y permítanme una metáfora de abuela, se lo teje, se lo viste, se lo imagina, articulándolo al Otro con mayúscula y a los otros, los semejantes, por vía de lo simbólico de la lengua, que es quién verdaderamente lo “real-iza”, lo eleva a la categoría de cuerpo deseado, falicizado, y –castración simbólica mediante–, cuerpo deseante.

Hace algunos años una publicidad de vinos, nos mostraba el carácter de “proyecto existencial” que para la pareja parental tenía la llamada “dulce espera”. Es evidente, muchas veces empíricamente evidente que “la Tierra del Otro”, ese sitio lógico en el cual habitan los significantes producidos por lo parental y en particular por la pareja parental, cualquiera sean las vicisitudes de ese armado combinatorio, no serán sin consecuencias a la hora de la parición de un “sujeto corporizado”. Ya que convengamos, es al sujeto entendido como aquello que un significante representa para otro significante, a quién efectivamente se le otorga cuerpo. Cuerpo que no solo se reviste de carne sino que se hace, se deja hacer del cuerpo significativo. Animación del cuerpo que tensiona la idea de cualquier clásico dualismo.

Digamos que el sujeto de ese cuerpo libidinal resulta de la demarcación de los agujeros del cuerpo, se trata de una topología de bolsas y nudos que indica una red de intercambios. Un quiasma pulsional. Ojos, boca, oídos, nariz, ano, genitales, son recorridos en la experiencia de satisfacción simbólico real, donde ese Otro nombra, y al nombrar integra cada una de las partes

del cuerpo (órganos incluidos), en eso que conocemos como imagen del cuerpo, nudo de lo simbólico, lo imaginario y lo real en tanto el significante del Nombre del Padre entra en acción.

El estadio del espejo tal como Lacan lo enuncia, implica un tiempo que constituye un espacio (estadio) que localiza y significa la dislocación del cuerpo. Espacio-tiempo (matriz de configuración simbólica) del cual resultará eso que cada cual llama su cuerpo, y que develará el valor intersignificante de la sexuación.

Aunque al monismo biologista le cueste creerlo no hay cuerpo que no resulte del engendramiento significante. No hay cuerpo que no se bañe en el río de la palabra. Esto desde ya no inválida sino todo lo contrario, resalta las propiedades cenestésicas del cuerpo. El pulsar del organismo, sus movimientos centrales o periféricos, voluntarios o involuntarios. Es que no se trata solo de aquello que del cuerpo se siente, sino de la forma en que se lo interpreta, se lo ficciona. Esto en Freud se evidencia en la "Interpretación de los sueños". Especialmente en el punto donde algunas sensaciones del cuerpo se convierten en texto del sueño guardando el dormir.

Coincidimos en algunos aspectos del planteo de J. Starobinsky, en particular cuando considera que Freud eliminó el monopolio de la vida orgánica situando su representación en el aparato psíquico. Allí se requirió como primer premisa el abandono de la centralización del cuerpo como exclusivamente biológico, donde el inconsciente resultaba definible solo en términos de potencia, debilidad o fuerza, para que este, el inconsciente, se convierta en el cifrador de palimpsestos o jeroglíficos susceptibles de una labor de descifrado lingüístico.

Una vez que el inconsciente ha dejado de tener como única fuente la vida del cuerpo (el soma), escapa a la competencia exclusiva de la medicina pasando a depender de las lógicas de desciframiento (sema).

Así pues, antes de que Durkheim y Blondel opusiesen a la cenestesia, la colectividad del lenguaje, Freud ya el 1900 opuso a los estímulos orgánicos la estructura de un lenguaje donde las normas sociales, están representadas por las operaciones de censura.

Aclaremos que si bien el cuerpo se ve despojado de todo significado que implique la fuente causal de los trastornos psíquicos no dejará por eso de ser localización de las diversas manifestaciones de estos. Y no nos referimos por eso, necesariamente al concepto de esquema corporal, más cercano a la neurología que al psicoanálisis, sino al cuerpo como idea. Como representación. Ese cuerpo representado, escenificado, tal como Freud lo destaca en su estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas. Allí dirá que se trata de la alteración de la concepción del cuerpo, de la idea que se tiene de cada parte. La lesión será en la histeria el resultado de una abolición de la accesibilidad asociativa, de la concepción que por ejemplo tiene el paciente del brazo. Este dirá Freud, se comportará como si no existiese para el interjuego de las asociaciones. Abolición entonces de una parte del cuerpo representada en el corpus significante.

En la concepción freudiana no se tratará de ponderar la aferencia sensorial procedente del cuerpo, sino de hacer hincapié en la reacción manifestada mediante la acción del lenguaje. El cuerpo aparecerá como el primer objeto de esa acción, un significante privilegiado en el campo del Otro, en la red significante. Al establecerse una diferencia entre la explicación psicoanalítica y la explicación causal fisiológica, Freud "des-somatiza" lo causal que habitualmente admitían sus predecesores. En las hipótesis expresadas en "El Proyecto", en "Los escritos sobre la histeria" y en "Las Pulsiones y sus destinos" sin obviar por supuesto "Más allá del principio del placer", hay en Freud menos cuerpo y más lenguaje que en el resto de sus contemporáneos. Esto no

quiere decir de manera alguna que Freud o Lacan hayan roto vínculos con la biología, mejor cabría decir que Freud situó un nuevo orden respecto de la causalidad psíquica que no es sin consecuencias para con la lógica de la vida. De no ser así, ¿qué viviente habitaría ese bios donde la intersección que lo simbólico produce en ese cuerpo quedaría excluida? ¿Podrá hablarse de cuerpo si al cuerpo no se lo reconoce en el sitio simbólico en el que anida? Es probable que bien valga el mote de “espécimen” con el que en la actualidad mas reciente se lo exhibe y comercializa, me refiero a la presentación de esos cuerpos “body” que se viene haciendo desde hace algunos años.

Seguramente el concepto de pulsión sea el que mejor se preste a la hora de dar cuenta de esa articulación, siempre y cuando no se lo confunda con una actividad del organismo. Ya se ha hablado suficientemente a partir de Lacan acerca de la confusión pulsión instinto. En las pulsiones el pasaje de lo somático a lo psíquico no es de orden perceptivo, la pulsión no es el reclamo de un órgano sino el eco del significante en el cuerpo. Repetimos que Freud utiliza el concepto de representación, que implica un sema no un soma. Esto es: una operación de carácter semiótico. Y es ésta operación la que permite entender esa idea de destino que Freud le otorga a la pulsión, ya que solo para el ser hablante, el cuerpo tiene un destino, un sentido. Una variabilidad del sentido que implica movimientos, desplazamientos, escansiones, ritmos, puntuaciones, imposibles de entender desde la legalidad del organismo. Transformaciones en lo contrario, vuelta contra si mismo, represión o sublimación que al igual que la falta de un objeto definido a priori, dirán de la construcción de un cuerpo pulsional erógeno histórico, que trastoca al cuerpo orgánico. Como decía Oscar Masotta el cuerpo se erogeniza siempre en un mal lugar.

En psicoanálisis el cuerpo pulsional está sometido a múltiples relatos producto de las migraciones, de las sustituciones, de los entrecruzamientos de los diferentes fines y los diferentes objetos.

En el estudio de la imagen del cuerpo, que se podría decir que es Schilder quién lo inaugura, la atención va a centrarse, no en el llamado esquema corporal primario, tal y como deriva del funcionamiento de los diferentes aparatos cenestésicos o somestésicos, sino de la imagen entendida como i(a) imagen narcisista, efecto del fantasma que acompaña los diferentes puntos de fijación libidinal. Fantasma que es cede articuladora del deseo y del objeto a , ese resto caído del cuerpo.

Tenemos entonces un movimiento real del cuerpo que cuando se pone a “hablar” es significado por quien lo soporta de acuerdo a la organización significante (significación fálica) que otorgó sentido-destino al “corpus-cuerpo” del sujeto. Esto por supuesto teniendo en cuenta el más allá del goce fálico, que como Otro goce lo suplementa.

Los llamados trastornos de la imagen corporal tan exhaustivamente explorados por Doltó, Auglanier, Sami Alí o Pankow entre otros, en especial los referidos a la estructura psicótica, aluden a mí entender a la “experimentación” en el cuerpo, de la forclusión del significante del Nombre del Padre que afectó el “corpus de *lalengua*”. Alucinación positiva o negativa del cuerpo o de algunas de sus partes que va desde la hipocondría delirante hasta el síndrome de Cotard pasando por la descripción de la vivencia del miembro fantasma que el neurólogo ruso Mikorey interpretó como una especie de onirismo parcial.

Ese amasijo de órganos sin significación, cuya instalación delirante no deja de ser un intento de restitución imaginaria de lo real pulsional del cuerpo en la esquizofrenia, mantiene sin embargo su unidad en la neurosis, aunque aflore como fantasma del cuerpo despedazado, con las diversas argumentaciones que son propias de cada sujeto, en cada contexto lingüístico.

Remarquemos entonces que en la neurosis, el fantasma del “cuerpo *morcele*” está sostenido, enmarcado en lo simbólico permitiendo que su unidad no se destruya tal como ocurre en la psicosis.

En la neurosis el cuerpo se pone en conjunción con el Otro. El cuerpo en la neurosis habla con el Otro, cuenta con él, y se refiere al deseo que limita su goce, que lo divide. Aún cuando el cuerpo del neurótico aparezca bajo una forma despedazada, el sujeto sigue siendo capaz de reconocer como tales las partes del cuerpo que faltan o se han dislocado (efectos metonímicos) al igual que la totalidad a la que esas partes pertenecen (efecto metafórico). Podríamos decir entonces, que en la neurosis el cuerpo es metáfora más allá de los movimientos metonímicos que implican esa metaforización y en particular respecto de la histeria, nos recordaba Freud, que ésta se comportaba como si la anatomía no existiera tomando cada una de las partes del cuerpo en el sentido vulgar, popular.

Digamos que porque hubo una primera sustitución que consiste en reemplazar el brazo anatómico por el significante brazo, o si se quiere la teta trocó en la palabra teta es que se hacen posibles otras sustituciones significantes. Recordemos que Freud hablaba de una conversión simbolizadora, conversión que a posteriori ya no será en su obra especificidad de la histeria sino un modo de hablar o de darle cuerpo al deseo en la neurosis o mejor dicho un modo de parlotear del inconsciente por la vía del síntoma. Conversión que Lacan planteará como manifestación somática del deseo. En una de sus clases del seminario “Las formaciones del inconsciente” estudiando el caso de Elizabeth señalará la identidad que se juega entre la parte superior del muslo derecho y el deseo por su padre. Ese dolor es dolor del deseo, que el dolor nombra en el cuerpo. El tiempo nos exige de hacer algunas consideraciones acerca del dolor y su transformación en objeto de la pulsión.

Conversión en tanto versión del deseo, anudada en la neurosis al deseo del Otro afectado por la metáfora paterna. Conversión que será acontecimiento, y que no está demás recordar, que en tanto acontecimiento estará relacionado no solo con el tener un cuerpo, sino que en tanto se lo tiene, no se lo es. Lógica del no-todo que respecto del cuerpo introduce lo más real de lo simbólico. En la neurosis se tratará siempre, aunque de diferentes maneras, de acontecimientos discursivos que trazan huellas en el cuerpo, que lo per-turban, que lo mas-turban produciendo síntomas que serán tales en la medida en que el sujeto del síntoma se disponga a leer. Esto es: que se considere responsable del cifrado de esas marcas significantes y no se desentienda de su participación en ese descifrado. Esto es, entre otras cosas, que su cuerpo no sea tratado como una “propiedad” del ser. Aquí se abriría un capítulo respecto de la relación del psicoanálisis con la medicina, o más específicamente el de la posición del sujeto y la del cuerpo en el proceso del enfermar.

Entonces para ir concluyendo y en relación a la psicosis, digamos que ese cuerpo está sometido a una disociación tal, que implica el desconocimiento sostenido y sistemático, la escotomización de una parte reconocida como parte del cuerpo. El término disociación tal como lo utiliza Gisela Pankow se refiere a la destrucción de la imagen, tal que sus partes pierden la ligazón con el conjunto del cuerpo, apareciendo en el mundo exterior en tanto vuelta de no lo simbolizado.

El nexa que implica esa suerte de capitón, que puntúa para el sujeto las partes del cuerpo padece de los efectos de la forclusión. Las diferentes formas de suplencia de ese desanudamiento repercutirán en el registro del cuerpo, dando al psicótico la “impresión” de llevar aunque más no sea un cuerpo “como si” o un cuerpo “hecho a la ligera”.

Si bien sabemos que el cuerpo se resiste a la división del sujeto, en la psicosis más que como *spaltung* se “traduce” como estallido. Ese *splitting* que algunos autores califican de cuerpo sin

órgano o cuerpo colador como en el caso de Deleuze. Diferentes formas (si entrar por el momento a considerar su validez) de nombrar la ausencia de *Behajung-Ausstosung* y su sustitución por las vías de la *ververfung*.

Transformaciones “sentidas” hasta la alteración de la funcionalidad dando muestras en las alucinosis cenestésicas, por ejemplo, del carácter interpretativo del que resulta un cuerpo. Según algunos psiquiatras, el centro de la melancolía hipondríaca implica una insistente queja acerca del funcionamiento de diferentes partes del cuerpo (piedras en el hígado, rotura de costillas, garganta clausurada, obstrucción del aparato digestivo, tal como se presenta en la llamada somatopsicosis intestinal de Wernicke). Quejas similares al lamento hipocondríaco de algunos sujetos hebefrénicos.

Representación del cuerpo que puede llegar en la llamada melancolía anestésica (Petrilowitsch), forma extrema de la depresión ciclotímica hasta las alucinaciones negativas de partes del cuerpo, como en el Síndrome de Cotard, o a la negación asinéctica como ocurre en algunas catatonías.

Evidentemente es en la estructura psicótica donde más dramáticamente se presentifica el carácter representacional del cuerpo, aunque todo esto ocurra de manera trastornada. Trastornos que no son necesariamente los de la carne, si bien tanto va, el cántaro a la fuente que puede llegar a lastimarla, aunque se trate de alteraciones de *lalangue* en las que el cuerpo embraga.

Por último y para finalizar, algunas palabras acerca del cuerpo de la perversión, se trata allí de un cuerpo ideal o del ideal del cuerpo convertido en estatua fetiche de lo que se supone es un verdadero cuerpo. Más que cuerpos de intercambio, podríamos decir que se trata de cuerpos mercancía, “máquina de goce”, que pretende someter al cuerpo hasta el desfallecimiento en la demanda de “siempre un poco más” hasta dar con el límite entre la vida y la muerte. Demanda que hace de lo viviente una espera experimental tal como ocurre en los relatos sadianos. Una crispación que como en el extraño caso del señor Valdemar, del Poe, no deja al cuerpo morir en paz.

Nota: el presente escrito se corresponde con la Conferencia pronunciada el 5 de octubre del 2010 en el Tercer Congreso del Hospital Infanto Juvenil Carolina Tobar Garcia en Buenos aires – Argentina.